Sección de Notas

LAS CONSTANTES DE PAULINO GARAGORRI

Para dar una noción de los últimos libros de Paulino Garagorri —nacido en 1916, vasco de San Sebastián, profesor de filosofía en la Universidad de Madrid y secretario de la *Revista de Occidente*—, libros de apariencia proteica (1), es preciso verificar en ellos ciertas calas que nos permitan distinguir las constantes de su quehacer intelectual o el eje sobre el que gravita su pensamiento.

Dos de estas constantes me ha parecido advertir lo suficientemente amplias como para abarcar el heterogéneo caudal de los citados libros. La primera responde a la preocupación de Garagorri por crear lo que, con su propio lenguaje, podría denominarse el «tejido de la continuidad». La segunda incluye temas de la problemática actual, sin que una y otra constante tengan necesariamente que excluirse entre sí, pero a efectos de método en la traslación de un autor, como es obvio, no hay más remedio que recurrir a ciertas convenciones.

Lo que hemos llamado «tejido de la continuidad» supone un gran esfuerzo por hallar, difundir, esclarecer, posibilitar, coordinar —y perdón por la racha de verbos—, lo que, a juicio de Garagorri, equivale a los valores representativos del pensamiento filosófico español, en su tradición, en sus posibles aportaciones originales y, por último, en su inserción respecto del pensamiento europeo. Una tarea que ya hemos calificado en otra ocasión de ascética y que tiene mucha importancia, porque de inmediato nos da a entender que la pasada urdimbre del pensamiento —español— no es tan gratuita como la moderna civilización de masas amenaza hacer creer con su fácil espectacularidad. Al socaire de la «cultura de la improvisación» —que así podríamos llamarle al mecanismo difusor periodístico y televisivo, sin que esto signifique restarle importancia sociológica y política a ese mecanismo— de la actualidad rabiosa, de los modismos, sabemos sin gran esfuerzo que discurre otro proceso más sobrio y hondo, más realista y adecuado

(1) *Del pasado al porvenir*. Editorial Edhasa, 1964; *Relecciones y disputaciones orteguianas*. Editorial Taurus, 1965; *Ejercicios intelectuales*, Editorial Selecta de Revista de Occidente, 1967; *Unamuno, Ortega, Zubiri*, Editorial Plenitud, 1968; *Españoles razonantes*, Editorial Selecta de Revista de Occidente, 1969, e *Introducción a Ortega*, Alianza Editorial, 1970.

a un ámbito que no es precisamente de importación. Lo sabemos. Pero disponerse a manejar esos conceptos, familiarizar al lector moderno con un núcleo de pensamiento imprevisiblemente soslayado y constituyente, ya requiere una especie de «ascesis social», interesante no sólo por el trabajo material de investigación que ello requiere, sino por la idea, la actitud o programación moral y política que lo inspira.

Estos valores representativos del pensamiento filosófico español, campo bastante inédito —entre los jóvenes al menos—, se matizan, como es lógico, según los presupuestos mentales de la persona que los dilucida. De dichos presupuestos mentales, por así clasificarlos ahora, los más habituales corresponden a la tradición teológica y ortodoxa, cuyo poderoso arraigo oficial en España habrá que explicarse alguna vez. Los presupuestos mentales de Garagorri —o, empleando una frase tan de esencia relativista como la primera, pero de factura más cordial, su sentido de lo verdadero— siguen otra línea, por supuesto, mucho más sugestiva y forzosamente menos dogmática, por cuanto no se trata de incrementar el acervo de una cultura de entonación estatal y archipropalada, en la medida de sus posibilidades de propalación, sino de su configurar, retomando un hilo antiguo y soterrado por aquello de los avatares históricos, otro conjunto de nociones, a cuya luz la Historia resulta más cierta y completa y que tiene algo o mucho que ver (no lo sabría decir exactamente) con el proceso moderno de secularización de la vida española (2).

En cuanto al elemento clave de la urdimbre, ya sabemos que se trata de Ortega y Gasset, del que Paulino Garagorri es preclaro discípulo y continuador. Pero el esfuerzo digamos de la «restauración» no se limita a Ortega, sino que se extiende metódicamente no sólo a figuras muy consagradas de ayer, de hoy —Unamuno, Azorín, Zubiri, Pérez de Ayala, Valle-Inclán—, sino a otros filósofos y escritores de un pasado más remoto, prácticamente olvidados, y que tienen algún significado en el racionalismo español, tales como Antonio López de Vega y Xavier de Munibe.

La tarea de exégesis consagrada a Ortega ya es muy considerable, tanto que se impone una explicación de los explicadores de Ortega o, al menos, señalar la zona donde el curso interpretativo adquiere mayor profundidad y significación. Garagorri, ya sea mediante lecciones universitarias, recopilación de artículos o ensayos expresos y con finalidad en sí mismos, ha destinado muchas horas de minucioso trabajo a Ortega. Estrictamente de los libros que estamos comen-

(2) Para una fundamentación histórica del tema ver el artículo de José Antonio Maravall, *La secularización en la España de los Austria* (Revista de Occidente, núm. 88).

tando al modo de la generalización, tres se refieren a Ortega, sin contar conceptos y citas vertidos en los restantes. Aspectos particulares de Ortega, introducciones a la divulgación de su pensamiento, dilucidación polémica, referencias múltiples a múltiples referencias (recensión de recensiones) y toda una preparación sistemática (como abonar un terreno) para desembocar en lo que durante años ha alentado idealmente a Garagorri, es decir, la expresión del sistema filosófico del maestro, su escolástica. Esto creo que lo encontramos más explícitamente en *Unamuno, Ortega, Zubiri* (3). Además del desarrollo del material citado, este libro contiene un interesante mundo de interrelaciones nacionales con vistas a su integración europea dentro de la tradición intelectual.

Garagorri expresa que Ortega ha sido el máximo pensador de nuestra lengua y que su legado —sobre el airoso estilo literario y la diversidad temática— es rigurosamente una doctrina filosófica. En importancia de tratamiento sigue Unamuno. Por eso el libro antes citado, con la incorporación de Zubiri, es importante, maduro y resumidor de las teorías de Garagorri, esparcidas en *Del pasado al porvenir, Relecciones y disputaciones orteguianas* e *Introducción a Ortega,* lo cual no quiere decir, por supuesto, que un libro —en esa órbita del «tejido de la continuidad», a que nos venimos refiriendo— sustituya a otros anteriores, pero sí quiere decir que *Unamuno, Ortega, Zubiri* supone un adensamiento o esencialidad de los temas, salvados ya de perspectivas secundarias o circunstanciales. Y si incluimos el resto de los personajes tratados —A. López de Vega, Xavier de Munibe, Américo Castro, Azorín, Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Baroja, Ramón Gómez de la Serna, Giner de los Ríos—, así como algunos temas que inciden orgánicamente (los fueros vizcaínos como precedente del constitucionalismo español, por ejemplo), tendremos ya una mediana pero válida idea de esta faceta de Garagorri, que «aspira a considerar a España como a una provincia de Europa (esa vieja Europa, que es una en su

(3) Ensayo del que ya nos ocupamos en las páginas de esta misma revista (número 228) y del que, para una mejor coherencia de la presente nota, damos brevísima noción: las filosofías contemporáneas están unificadas por la conciencia histórica y por una especie de neohumanismo. Unamuno se debate sobre la crisis de confianza en el racionalismo y de aquí nace la incertidumbre como consuelo y posible base de una acción eficaz. La aportación de Ortega es su intento de reforma de la razón e interpreta nuevamente la relación entre lo abstracto y lo concreto. Una larga especulación desemboca en la famosa idea orteguiana de que el hombre no tiene naturaleza, sino historia o, lo que es lo mismo, desilusión y descubrimiento de la realidad trascendente. El problema de la religación en Zubiri y su —vista por Garagorri— consecuencia de la crisis de la noción de ser y la aportación de precursores como Leopoldo Alas y Ganivet, todo eso metódicamente coordinado, prepara el terreno intranacional para una reincorporación al pensamiento europeo y constituye la medula del libro de cuya recensión estamos dando cuenta.

diversidad, y de la que España ha sido parte muy aventajada a veces y otras harto fronteriza), pero cuya más acentuada unidad futura, en su realidad ideal, debe servirnos de norte y de modelo en la cultura y en la convivencia».

Como quiera que este aspecto de Garagorri —dentro de la dicotomía de su quehacer, a la que convencionalmente hemos recurrido— es bien conocido, preferimos insistir algo más en lo que al principio denominamos su preocupación por la problemática actual, que incluye asuntos como la rebelión de la juventud y los conflictos de la Universidad, las contradicciones de la especialización, la idea de progreso, el feminismo, el concepto de estructura, de forma; notas sobre cine, el futurismo, la noción de verdad, etc.; temas repartidos fundamentalmente en sus libros *Ejercicios intelectuales* y *Españoles razonantes*, y que se justifican, según su autor y en base a una frase de Tocqueville, por el *plaisir rationnel*. Constituyen una mezcla de ensayos, artículos, conferencias y entrevistas, bien diferenciadas en el área de la pretensión, pues uno de los factores que cuida Garagorri es la observancia de las leyes que a cada género literario compete. Y, sin duda alguna, no hay racionalidad posible sin la servidumbre a los géneros literarios y al método, servidumbre que es, por cierto, el origen de su eficacia.

Respecto a la noción de progreso, Garagorri piensa que ésta se halla en crisis, y alude a las incongruencias entre los objetivos propuestos y los logros. Destaca la sorpresiva evolución, según los esquemas de Marx, de las clases sociales, que no se han desarrollado de acuerdo con la idea previa de la desaparición de la burguesía y el reinado del proletariado. En otro artículo, nuestro autor señala que la elevación del «nivel de vida» parece que enjuga todas las aspiraciones del progreso, cuando en realidad la elevación del nivel de vida no alude más que a una materialidad o bienes «biológicos», y dicho resultado no puede asumir toda la complejidad de la «vida humana» y además implica un juicio de valor falso o de escasa capacidad de totalización. El nivel de vida se reduce prácticamente a «nivel económico». Por tanto, el auténtico progreso vendría determinado por un «nivel mental», en sentido socrático. «Pero en rigor —dice Garagorri— el sujeto activo del progreso no es la Historia, la morada humana, sino, conforme García Morente precisaba, la propia vida humana». Y cabría añadir —decimos nosotros— que, no obstante, la única noción de progreso que cabe siempre tendrá que ser de carácter histórico.

Otra de las reflexiones de Garagorri se refiere a la especialización, tema de absoluta actualidad y de consecuencias todavía imprevisibles. A la especialización por parcelación del campo que se investiga. Basado en una definición de Teller, el científico atómico, que sitúa certe-

ramente los conflictos del especialismo y de la generalidad (la especialización llega a saberlo todo de una partícula insignificante, mientras que el conocimiento generalizado se atenúa y trivializa, y los dos son inoperantes), Garagorri nos habla de que ha surgido —dentro de la necesidad e insuficiencia del especialismo— «una tendencia equilibradora, cuyo aspecto toma, por lo pronto, la forma de una apetencia de síntesis», pero que asimismo presenta esta tendencia dificultades inaceptables por la ciencia y la filosofía de hoy: «Frente a los riesgos y la miseria del especialismo, y por una vía que no es la de las generalidades y síntesis, apuntan en el pensamiento contemporáneo nuevas y muy distintas nociones compensadoras. Quisiera, por último, decir algo sobre ellas.» Tales nociones se refieren, por ejemplo, a la idea de unas «ciencias diagonales» (investigaciones consagradas a relacionar los distintos descubrimientos), según la teorización de Roger Caillois, y se refieren también a la «ekística», como nueva ciencia deliberadamente inespecializada de la construcción (Doxiadis) y al sentido de cambio de perspectiva que supone la cada vez mayor aplicación de la rúbrica «ciencias humanas» (historiografía, economía, política) o «ciencias del espíritu», por oposición a las ciencias que toman al individuo como mero objeto.

Las apreciaciones de Garagorri sobre el futurismo es otra cuestión que nos interesa acotar aquí. Piensa que el tiempo —la noción de futuro— se ha dilatado y que la sociedad tiende a empezar a vivir sojuzgada por las presuntas y poderosas posibilidades que desplaza el futuro (la idea de). Mientras el marxismo denunciaba la alienación, el vernos negados por nuestras propias obras, el «fuera de sí» (alienación, esto es, «la violenta succión de la autenticidad personal por las solicitaciones despersonalizadas que la anulan»), Garagorri estima que el mesianismo futurista es otra alienación. No se trata de restar interés a la previsión del futuro; se trata de no «violentar la organización del presente y someterlo a privaciones e incomodidades para hacer posible una situación óptima en un futuro que alojará a generaciones venideras».

En el artículo «Las razones del socialismo, hoy» (notas para un diálogo) hay un interesante paralelismo o «hereditarismo» entre socialismo y liberalismo y permite subrayar el pensamiento político de Garagorri —de tendencia liberal socialista—, de acuerdo con lo ya preconizado por Ortega y Unamuno en 1908. «¿Se puede organizar esa fórmula, unas reglas de juego que aseguren el uso común del caudal socializado y la libre iniciativa del arbitrio individual?» Respuesta: igualdad de oportunidades en la educación y al mismo tiempo respeto escrupuloso a la capacidad y logros individuales.

Aparte del núcleo importante que hemos llamado «tejido de la continuidad» y de la particularización esquemática —forzosamente— de los problemas actuales, otros muchos ensayos, notas y sugerencias contienen los libros de Paulino Garagorri, cuya reseña exhaustiva haría este trabajo un tanto deforme; mas para una iniciación del lector en el ámbito de Garagorri pueden bastar los datos precedentes, de obvio rudimentarismo.

Este pensador se manifiesta, como es fácil advertir, muy ponderado, con esa clásica mesura que da la permanente frecuentación de libros y el trabajo escrupuloso. Tiene muy arraigada la norma de la claridad y fundamentalmente el rigor en la aproximación metodológica a los asuntos, es decir, que no se confunde, que no enfrenta campos insospechados (insospechados por desorbitados), que se preocupa continuamente por perfilar sus pretensiones e inhibiciones, todo lo cual deja muy descansado al lector, que obtiene cuantioso provecho de las saludables normas didácticas de Garagorri, en cuya labor hay que señalar una irrefrenable vocación por lo que podríamos llamar ahora —sin que sirva de precedente— «revisionismo conceptual y denominativo», en el sentido de manejar los elementos culturales según explícitas determinaciones. Parecido sistema sólo puede ser fruto de la madurez y de la decantación.—EDUARDO TIJERAS *(Maqueda, 19. MADRID).*

EL CANTO DE UN PUEBLO

(Divagaciones sobre la música folklórica argentina)

Muerte si me estás buscando,
un favor te pediré:
dejame seguir cantando,
llevame después...

JULIO GEREZ

Un artículo de Félix Grande en ocasión de la recordada visita a España de Eduardo Falú hace un año trajo a mi memoria, por su alto poder evocativo, una serie de recuerdos vinculados a aquello que tan difusa y concretamente solemos llamar en la Argentina el «folklore», sin transitar por honduras científicas ni invadir la jurisdicción de los etnógrafos, los musicólogos o los, en suma, llamados «folklorólogos» o folkloristas en sentido estricto. El «folklore» al que aludo es solamente la música, la canción, el baile, que —de alguna manera— reflejan un acervo común de los argentinos, un patrimonio que será más estimado si reconocemos el hecho incuestionable del acrisolamiento